



culture 21

Comisión de CGLU

#CULTUREcovid19

EL ATARDECER DEL ANTROPOCENO

SERHAN ADA

“Ojalá *tu* epidemia ya hubiese acabado para poder verte!” Eso es lo que dijo mi nieta de 10 años pasados unos dos meses desde el confinamiento. Al principio, me sorprendió. Luego empecé a entender. Había sentido que lo que había pasado no tenía nada que ver con ella y con lo que había estado haciendo hasta ahora. Todo lo que había sucedido; no sólo la pandemia, sino también las decisiones a menudo contradictorias tomadas una tras otra, las advertencias, así como la transición de todas sus clases y actividades divertidas a un formato virtual con el que ya estaba familiarizada, le habían permitido poner una distancia visible entre su pequeño mundo y lo que había estado sucediendo. Si tuviéramos que buscar a los responsables del gran caos generado por la pandemia -de la que, por ahora, sólo podemos ver la punta del iceberg-, ciertamente no serían los nacidos a principios de este siglo, que se inició con guerras, crisis y desastres. Por mucho que nos quejemos, somos nosotros los responsables de lo que está sucediendo, nosotros los que hemos estado esperando, con las manos atadas, lo que estaba por venir desde hacía décadas.

Al igual que todos los demás países, Turquía también ha atravesado y sigue atravesando

este período aplicando sus propias medidas de precaución. La más sorprendente de estas medidas fue que a los menores de 20 años (posteriormente se redujo a 18) y a los mayores de 65 años se les ordenó que no salieran de su casa y sólo se les permitió salir al exterior un día a la semana y sólo durante 4 a 6 horas. En otras palabras, la parte de la población que no está directamente involucrada en la producción y, al parecer, se considera insignificante como consumidores. ¡Los pequeños no podían salir para no propagar el virus, y los mayores para no infectarse y morir! Lo que importaba era que los engranajes de la producción y la venta al por menor siguieran girando a toda costa. Incluso tenían como objetivo, si era posible, convertir la crisis en una oportunidad. ¿Pero a qué precio?

Lo que fue especialmente sorprendente fue que el ritmo vertiginoso cesara rápida y repentinamente. Nos enfrentamos a esta parada súbita en un momento totalmente inesperado, porque esta aceleración había continuado a pesar de que sabíamos en mayor o menor medida que no era sostenible. La economía mundial, los mercados de valores, la interacción social, todo se detuvo. Fue una especie de parón que ni siquiera aquellos de nosotros que

#CULTUREcovid19

aludíamos a la lentitud, que hacíamos esfuerzos por lograr movimientos como el citta slow, slow food y similares, podíamos haber soñado.

De repente estábamos rodeados de profecías, modelos y escenarios de futuro. Las narraciones de las epidemias en la historia se hicieron populares. Los humanos que vivían sobre la faz de la tierra comenzaron a cuestionar el futuro en un estado de confusión sin precedentes, recurriendo a noticias e información de diferentes fuentes. Sin embargo, había una cosa que era cierta, y era la incertidumbre absoluta.

Sin embargo, ya pueden apreciarse algunas cosas. Las desigualdades existentes en el mundo se han hecho aún más evidentes, el desempleo y la pobreza han alcanzado proporciones escandalosas sin precedentes. (Para hacerse una idea de la situación, bastaría con recordar que el propietario de Amazon ha ido añadiendo 11.000 dólares a su fortuna cada segundo del cierre. Y eso es las 24 horas del día). Mientras que los que están en la punta de la pirámide están disminuyendo en número y creciendo exponencialmente en peso, hay un deslizamiento precipitado desde las secciones centrales hasta la base y no parece que vaya a detenerse. Esto está ocurriendo tanto entre los estratos sociales como entre los países, e incluso en el ámbito de los actores culturales.

Dejando de lado las sorpresas que el virus nos reservará a todos nosotros durante sus fases posteriores o después de que haya mutado, si lo que determina el futuro es el concepto de incertidumbre, tendremos que

dar forma a nuestras palabras y al lenguaje, que son los bloques de construcción de nuestros pensamientos. Por ejemplo, como lo normal ya no tiene ningún valor de uso, podríamos empezar eliminando la palabra “normal” de los diccionarios. En segundo lugar, deberíamos pensar de nuevo antes de usar palabras compuestas que empiecen con el prefijo “re-” como “reabrir” o “reiniciar”. Por dos razones: ¿Queremos que las cosas sigan igual que antes de la pandemia? Y, de todos modos, incluso si lo hacemos, esas cosas tampoco van a persistir.

Echemos un vistazo a lo que ha sucedido en el ámbito de las ciudades. En los últimos 30-40 años, hemos sido testigos del surgimiento de una vertiginosa carrera entre las metrópolis, las ciudades cosmopolitas y las megápolis. Las grandes ciudades se han quedado con la mayor parte de la población, la economía, la movilidad social y la producción y el consumo de la cultura, mientras que el resto de esos países han quedado en la pobreza, la desigualdad, la privación y la desolación. Estas grandes ciudades, o -por decirlo en términos frecuentemente utilizados por los que trabajamos en el campo de la cultura- las ciudades (o “capitales”) de la cultura, han explotado, aspirado y agotado los recursos producidos por todas las personas que viven en esos países. En todas partes del mundo, las prácticas aplicadas por las iniciativas de producción cultural y desarrollo sostenible han sido objeto de un intenso escrutinio. (A este respecto, es importante señalar que los proyectos y las colaboraciones a largo plazo con una amplia gama de ciudades desarrollados como parte de la [Agenda 21 de la cultura](#)

#CULTUREcovid19

constituyen una importante excepción). Las grandes ciudades fueron las que recibieron el golpe más duro durante la pandemia de Covid-19. Ahora ha llegado el momento de poner fin a constructos como la “ciudad creativa” o la “clase creativa”, cuyos autores han empezado a revisar recientemente. Ha llegado el momento de centrarse en los tipos de acción que pueden emprender las ciudades de menor tamaño, que no son autárquicas en sentido estricto, pero que son viables e interactúan estrechamente con una ciudadanía sana y que disfruta de la vida.

Se consideró que el concepto de “precariedad” era apropiado para describir la situación de los que trabajan en el ámbito de las artes y la cultura, y los esfuerzos realizados en este campo, y la mayoría de los análisis se basaron en él. Pero a partir de ahora, tendremos que concentrarnos en precisar el concepto de “supervivencia” y averiguar cómo y en qué condiciones puede ser realmente posible. Como en otras áreas, será necesario que olvidemos los cánones prepandémicos y busquemos sin descanso nuevas formas de crear, producir y compartir en el arte. Al evaluar los proyectos culturales, tendremos que situar sus efectos sobre la salud y el medio ambiente en la parte superior de cualquier lista de control, incluso por encima de su impacto económico y social.

Al examinar el último decenio, con frecuencia hallamos la palabra “Antropoceno” en los títulos de las bienales, las exposiciones interdisciplinarias multitudinarias, los debates sobre arte e incluso en los documentos de política cultural. Parece que “Antropoceno” se ha

convertido en una palabra clave que abre todas las puertas al reconocimiento. La palabra se refiere a cómo los humanos toman el centro de la escena pisoteando todos los seres vivos (¡que incluyen no sólo la naturaleza y los recursos del subsuelo y de la superficie, sino también las bacterias y los virus!) Todos estamos siendo testigos del hundimiento de una era. Y sólo mi nieta y su generación sabrán el nombre de la era que se levantará en su lugar.

#CULTUREcovid19

CGLU Y SU COMISIÓN DE CULTURA NO
COMPARTEN NECESARIAMENTE LAS
OPINIONES EXPRESADAS EN ESTE ARTÍCULO.

CONTACTO

**Ciudades y Gobiernos Locales Unidos
(CGLU)**

Comisión de cultura

info@agenda21culture.net

www.agenda21culture.net

[@agenda21culture](https://www.instagram.com/agenda21culture)
